

Durante algunos años rechazó sin titubear antes peuretendientes aspiraron á su manó.

Con gran contento de su tía, profesaba al sexo fuerte una aversión tenaz y razonada.

Por fin un día, por aburrimiento, había aceptado el marido que los socios de la casa Maillet Duprat y C.^a la proponían, sin amor y sin gusto, con la misma facilidad que hubiera podido escoger un abogado ó un agente de negocios.

Las consecuencias de sus celos habían sido tan terribles, que no tuvo más que una voluntad, no la de hacerla olvidar, porque era imposible, sino dulcificar la desesperación de la amiga, á quien había hecho traición en un acceso de envidia, casi sin darse cuenta.

Desde entonces se había mostrado con ella más cariñosa que nunca y su amistad se había estrechado fuertemente.

Durante el retiro que la señorita de Arvil se había voluntariamente impuesto, la señora de Chagny era la única persona que era admitida en la casa.

En el mundo se decía que las dos se profesaban una amistad de hermanas.

No se equivocaban.

La habitación donde se encontraban era uno de esos gabinetes que tanto agradan, sin gran lujo, todo muy bien dispuesto, sin tropiezos.

La señorita de Arvil hizo una seña á Brígida, que acababa de traer el te, y la bretona se retiró en seguida, diciendo:

—¿La señorita no necesita nada más?

—No.

La señora de Chagny bañó sus labios en la taza y dijo:

—¿Tú no tomas nada?

Magdalena movió negativamente la cabeza.

Apoyada en el respaldo de su sillón, con los piés puestos en un taburete, parecía soñar.

Sus ojos miraban al techo, sus brazos pendían indolentemente á lo largo de su cuerpo, sus labios tenían una expresión de decaimiento absoluto y sin remedio.

Y, sin embargo, nunca había estado tan hermosa.

Representaba el tipo de la mujer llegada á su edad madura y al esplendor de sus encantos.

—Sabes, querida mia—dijo de repente Hortensia,—que te abandonas mucho?

Magdalena hizo un gesto de indiferencia.

—Llevas mangas muy anchas y se usan estrechas.

—¿Y qué importa?

—Tu dóncella va mejor vestida que tu... Y además de negro... siempre de luto.

—Es el color que me conviene.

—¡Demontre! ¡qué desconsolada estás esta noche!

—Como siempre.

—Si en verdad. ¿En qué piensas?

—En nada, no tengo ya ni alma ni corazón. Me parece que vivo en un bloque de hielo.

—Que es precisamente lo que te conserva. Estas más joven y más fresca que nunca.

Es muy raro que un cumplido á la belleza de una mujer no logre halagarla.

Un palido rayo iliminó el semblante de Magdalena.

Fué una de esas sencillas sonrisas que emo-

cionan á veces más que aun grito de dolor.

—Demontre!—exclamó Hortensia colocando su taza en la bandeja, ¡no hay nada más aburrido que una mujer inconsolable!—Yo también he tenido grandes pesares, un luto en el corazón... He luchado muchos años. Me costó mucho desterrarlo pero al fin lo logre... ¡Deberías imitarme!... Debías seguir mi ejemplo.

—¿Pesares, un amor?... Tu?... ¿Que quieres decir?

—Nada más que lo que oyes.

—Pues no lo sospechaba siquiera—dijo muy sorprendida la señorita de Arvil.—¡No me has dicho ¡nunca nada!...

La reina Hortensia se encogió de hombros.

—Bastante tenías con tus penas—dijo.—¿Para qué atormentarte con las mías? Y además, añadió, no podía hacerlo.

—¿Por qué?

La reina Hortensia se mordió los labios, y tomando una determinación dijo:

—¿Por qué no he de serte hoy sincera? Ha pasado ya mucha agua por debajo de los puentes y el tiempo dulcifica todos los pesares.

—El mío no—murmuró la señorita de Arvil.

—Haces muy mal—dijo Hortensia acercándose á su amiga.—¿De qué te sirve convertirte en sauce llorón? Aunque he estado á veces más fúnebre que un ciprés, nadie me lo ha conocido. También yo he amado á un hombre joven y cariñoso, encantador, distinguido y adorable, dotado de todas las cualidades y de todos los dones, por lo menos á mis ojos, puesto que estaba loca por él... Ha muerto... Juré llevarle luto eternamente, lo mismo que tú...

pero poco á poco he ido consolándome. Mi luto ha ido pasando del negro riguroso á los más claros colores, al azul y al lila pálido... Llegó un día en que mi tía, conociendo mis dolores, me hizo comprender que un hombre, por perfecto que sea, no vale tantos pesares... Y ya ves como todo cambia, excepto tú. Ella, la enemiga encarnizada del matrimonio, convencida por no sé que argumento de nuestros socios, hombres de dinero, sin corazón, hombres de cifras, llegaron á meterla en la cabeza que dos pobres mujeres como nosotras, aisladas y ricas necesitan, sino un marido, lo cual hubiese sido contrario á sus principios, por lo menos una especie de gerente y como ella no quería tomarlo para sí, me presentó al señor de Chagny como á un individuo muy á propósito para desempeñar esas funciones. ¡Ay! me he dejado arrastrar con la mayor indiferencia, lo cual me prueba que si no se puede realmente amar más que una vez, no puede uno permanecer inconsolable y vivir como todo el mundo vive...

—No me has dicho el nombre de ese joven... ¿Debes tener secretos para mí?

—Cuando murió, tú estabas muy lejos; estuviste enferma mucho tiempo... Estábamos separadas... Había estallado la guerra... En fin...

La señora de Chagny hizo una pausa y añadió con un prolongado suspiro que levantó su pecho:

—Tenía un escrúpulo, un pudor en hablarte de aquel cariño...

—¿Por?...

—¿Quieres saberlo todo?... Tanto peor... Aquel joven, mi querida Magdalena...

—¡Era el señor de Bures!—exclamó Magdalena, comprendiendo de repente.

—En persona.

—¿Le amabas?

—Con toda mi alma.

—¿Lo ha sabido?

—¿El? ¡Ni lo ha notado siquiera! ¡Lo mismo que todos cuantos han tenido la suerte de inspirarme simpatías, no me hizo jamás el honor de conceder la menor atención á mi persona! Ese es, por lo visto, mi destino. Así es que puedo decírtelo: tengo un vecino que no me dirige más que los más indiferentes saludos cuando por casualidad nos encuentra en el Bosque á mi tía y á mí. Ese individuo me hubiera gustado, seguramente.

—¿Se llama?

—El barón Sain-Aubin... Máximo Saint-Aubin. Te he hablado de él muy á menudo. Un señor muy correcto, fino, distinguido, rico, ó por lo menos lo parece. Sin embargo, debo decir que mi marido, que le conoce y que es hombre de olfato, pretende que no lo es... Pues bien, aparte de esos sombrerazos, que son necesarios entre gentes que viven puerta con puerta, parece no acordarse de que existo... Siempre el destino. Así es que busco en los goces positivos el olvido de mis decepciones. Mi tía es tan golosa como una gata. Su mayor goce consiste en la elección del menú de cada día. No tiene en sus gustos, para mí, más que una pasión tiránica, los pasteles.

—¿Te burlas?

—No... Yo sigo su costumbre, y me va bien. Si algún consejo tengo que darte, es que sigas nuestro ejemplo. La cocina no es tampoco el

único consuelo que te puedes ofrecer. Tu posición te permite otros muchos; la *toilette*, por ejemplo, ó el capricho por los bibelots, que es una manía tan inocente, como el culto de los jardines y de las flores... ó...

La señorita de Arvil la interrumpió.

—¿De modo que le amabas?

—Sí, ó por lo menos me agradaba mucho.

—¿Y él lo ignoraba?

—Por completo.

La reina Hortensia añadió con un movimiento de vanidad.

—Ahí tienes cómo yo soy...

Y estrechó cariñosamente entre sus manos las de su amiga.

—Además, me hubiera sido imposible tomarlo... pues que aquel enamorado te pertenecía hasta tal punto, que hubiera sido materialmente imposible quitártelo... ¡Lo ha demostrado bien claramente!

Magdalena bajó la cabeza.

Su amiga sintió dos lágrimas que cayeron en sus manos.

—¿Lloras?—dijo.—¡Después de tantos años!

—¿Acaso desgracias como las nuestras pueden olvidarse?... No pasa un día sin que me acuerde de las terribles escenas de la villa Milton. Roberto sorprendiéndome en el momento en que creía impenetrable el secreto de mi retiro; el desprecio que se dibujó en su rostro cuando con una mirada comprendió la causa de mi huida y debió creerme culpable; después el cambio á su antigua ternura que me profesaba desde su infancia, cuando no pudiendo soportar su indignación, le conté lo que me había ocurrido, el crimen de Jaime Fugeret, sus conse-

cuencias y la resolución que había formado de no pertenecer á nadie y de continuar el resto de mi vida en el aislamiento.

Magdalena tuvo un momento de energía al pensar en el hombre que se había matado por ella.

Sus ojos húmedos se iluminaron, y con voz temblorosa prosiguió:

—¡Le veo aún á mis pies, en aquel jardín lleno de flores, al cual he vuelto tantas veces, porque en él me entrego por completo á mis recuerdos! Me suplicaba que volviese á él, que él me haría olvidar el pasado, que me amaría con tanto ó más ardor, puesto que era más desgraciada.... ¡Yo me negué!.... ¡Estaba dominada.... bajo el imperio de no sé qué desesperación, de un decaimiento tan profundo, de un disgusto tal de la vida, que mi razón estaba medio perdida. Y, sin embargo, era sincero; yo hubiera debido escucharle, creerle como él creía en mí. ¿Para qué volverte á contar lo que ocurrió aquella noche nefasta? Se marchó... Estaba sola... Mi pobre madre se había alejado en su paseo... Fué una fatalidad... Ella me hubiera aconsejado... Me hubiera impedido cometer aquella crueldad que pesará constantemente sobre mi vida. Algunos momentos después de su marcha, un criado me trajo esta carta:

Abrió un mueblecito colocado cerca de la chimenea y al alcance de su mano, y sacó una cartera llena de papeles.

El primero era la carta que el vizconde de Bures había escrito en un café del camino de Lugano.

Apoyó en ella sus labios, como lo había he-

cho otras muchas veces, y la leyó desde el principio hasta el fin.

Cuando llegó al punto donde su prometido la pedía tan solo una palabra: «Decidme que sí ó que no», añadió con voz ahogada:

—¡Cómo estaría yo para decir que no!

E inmediatamente empezó á llorar.

Después, como si quisiera buscar una disculpa á aquella negativa, prosiguió con violencia:

—¡Yo le he matado! Los remordimientos me persiguen... ¡No me consolaré nunca! Y, sin embargo, ¿podía obrar de otro modo? ¡Estaba perdida! El crimen de aquel infame, al que he conservado un odio eterno, me repugnaba. Los hombres son celosos, desconfiados. Hasta el amor más puro es sombrío. Roberto no dudaba de mi sinceridad, estoy segura; pero más tarde, ¿quién sabe si un recuerdo del pasado no hubiese envenenado su alma, despertado sus sospechas? El honor de las mujeres es frágil, y el mío estaba comprometido sin remedio... Yo lo sabía... ¡Y aun era poco!... Entre nosotros existía aquella criatura que iba á nacer y que nos separaba... ¿Qué hubiera sido de ella? En aquel momento me decía que era inocente y que no podía sacrificar, que sería entre nosotros una causa de división y de reproches. ¿Qué hacer? Tuve un momento terrible de ansiedad. ¡Roberto me amenazaba con suicidarse! Creí que no llevaría á vías de hecho aquel siniestro proyecto; que tendría más valor; que sabría sufrir, puesto que yo desde hacía varios meses no hacía más que soportar sufrimientos mucho más crueles que los suyos... Me engañaba: algunos momentos después un hombre me trajo la terrible noticia.

Magdalena se levantó lanzando un sollozo ahogado.

—¡Ah! Aun siento lo que ocurrió en mi interior. Un dolor desgarrador, agudo, punzante... Hubiera querido morirme... Pero me quedaba mi madre; ella me amaba; era fuerte; me sostuvo... Aquella noche dí á luz una niña, hasta cuyo nombre ignoro... La desgraciada fué recibida en este mundo con un grito de horror... El doctor y Brígida me lo han contado después, porque yo habia perdido la razón y deliraba... Me negué á ver á la niña y abrazarla... El médico temió por mi vida... Mi madre partió. ¿A dónde fué?... No lo he podido saber nunca. Mi desgracia fué completa: no debía volver á verlas ni á la una ni á la otra. Cuando la noticia de la catástrofe de Bellegarde llegó á mis oídos, un presentimiento me anunció que mi desgracia era completa. Aquella era como una desgracia que caía sobre mí. Cuantos me amaban habían sido víctimas de ella, unos después de otros. Tuve algunas alternativas de temor y de esperanza, y después me fué imposible conservar la menor duda... El amigo de mi infancia, mi prometido, se había suicidado. Ya no tenía madre y no sabía lo que habia sido de mi hija, á la que ya sentía haber rechazado. Era demasiado para mí. Me ví atacada por una de esas enfermedades que raras veces perdonan. Durante seis meses permanecí entre la vida y la muerte, incapaz de pensar... Para colmo de desgracias la guerra habia estallado en nuestra patria... Cuando hacia el mes de marzo, al regreso dela primavera, quise tomar algunas fuerzas y recobrar energías, estabas ya á mi la-

do y tu amistad contribuyó á mi curación...

—¿No tenía, acaso, la obligación de reparar una falta que habia cometido?... ¿No habia sido una imprudencia mía—la señora de Chagny se ruborizó al pronunciar estas palabras—la que habia indicado al señor de Bures el lugar de tu residencia?

No se habia nunca atrevido á confesar su traición.

No hubiera tenido valor, pero es preciso reconocer que habia hecho cuanto habia podido por repararla.

Magdalena hizo un gesto de resignación.

—Que quieres—dijo con su angelical sonrisa.—Lo que debe suceder, sucede. ¡Cuántas veces me he arrepentido de no habérselo confesado todo á Roberto, cuando me hablaba de su amor en la Forge!

Y añadió con viveza:

—Dejemos á los muertos descansar en paz. ¡Roberto me perdona, sin duda, si puede saber el lugar que ocupa en mi corazón! ¡Mi mayor sufrimiento hoy, es mi hija! ¿Qué ha sido de ella?... ¡Ya conocías á mi madre! Por grande que fuese su aversión por aquella criatura hija del crimen, era incapaz de abandonarla y de dejarla sola sin pensar en velar por ella, de asegurar su porvenir. Al marcharse de la villa Milton llevaba más de doscientos mil francos y no sabia... Cuando la encontraron muerta con aquella pobre Marcela que tanto nos quería, ya no tenía más que unos treinta mil y toda idea de robo debía ser rechazada.

—Sin duda alguna.

—Debió, pues, entregar aquella cantidad á las gentes encargadas de cuidar de aquella

niña, á la cual yo no queria ver. ¡Que Dios me perdone mi demencia, tan cruelmente expiada!

— Era muy disculpable.

— ¡No, no tenía el derecho de maldecirla, de expulsarla! ¡Ay, el mal estaba hecho! ¡Dónde habia ido mi madre?... Nos fué imposible saberlo... Ya recordarás los esfuerzos que hicimos por averiguarlo...

— Todos inútiles, es cierto.

— Todo se puso en contra nuestra; primeramente la guerra, que alteró todo el pais; después las turbulencias que la sucedieron... No pudimos saber nada, ni descubrir nada... En vano fué el que ofreciera una cantidad considerable al hombre que me presentaron como el más hábil de cuantos podía dirigirme; todo fué en vano, y al cabo de algunos años tuve que renunciar á tan inútiles pesquisas. Pues bien, mi querida Hortensia, este es el más cruel de mis pesares... el que se agranda de dia en dia... el que me agobia. No hay un momento en que cese de acordarme de la desgraciada niña que no tiene ni nombre, ni padres, ni protectores... que vive no sé dónde, despojada quizás de lo poco que mi madre debió dejarla. Tiene diez y ocho años, la edad de los peligros... Se verá obligada quizás á trabajar para ganarse la vida, tendrá que defenderse por sí sola contra los peligros en medio de los cuales las muchachas pobres viven... Y, sin embargo, es rica por su madre, que la adora sin conocerla, que la llora... y que daría su sangre por encontrarla... Rica por la generosidad del desgraciado que ha muerto á causa de ella, legándola su fortuna, para demostrarme hasta qué

punto hice mal en desconocerle y en dudar de él.

— ¿Hace mucho que no ves al coronel de Brancurt?

— Esta misma mañana... No pasa un dia sin que venga á pasar un rato á mi lado. ¡Ah, puedo contar con su afecto! ¡Qué dulzura!... ¡Qué bondad!... ¡Vos y él únicamente sois los que sabéis lo mucho que sufro!... Los demás ignoran mi triste historia. Conozco á muchos que dicen al verme pasar: «Esta mujer ha cometido una falta que pesa sobre su existencia. No tiene más que lo que merece.» Y lo que me aniquila materialmente es el crimen del otro. Llorar por los muertos y temblar y pensar en la que vejeta sin duda en algún rincón ignorado. ¡Esta es mi vida! Y cuando pienso en mi juventud, en la felicidad que me sonreía y en el abismo de pesares en el cual ese miserable me ha precipitado, no tengo bastantes maldiciones para él...

— ¿No has vuelto á oír hablar de él?

— Desde su última carta, no.

— ¿Sabes qué es de él?

— Casi... Ha hecho carrera, es oficial superior... coronel, general quizás... No me hables de él, te lo suplico.

— ¿Sigue escribiendo á Brígida?

— Raras veces, y tan sólo algunas letras.

— ¿Crees tú que ella sabe?...

— Es casi seguro... pero la pobre muchacha guarda un silencio fácil de comprender... Sabe que he sido víctima de una violencia... Tiene más que sospechas sobre el nombre del culpable... pero nunca he hablado de estas cosas con ella. Además, no vé nunca á ese Jaime Fuge-

ret. Sus relaciones se limitan á algunas cartas que recibe de tarde en tarde.

—¿Te es adicta?

—¡Oh! sí. Es una criatura adorable, el honor en persona, la bondad llevada á los últimos límites... Durante mi enfermedad en Lugano, ha pasado más de cien noches á mi lado sin abandonarme y casi sin descansar... ¡Y después de cuántos cuidados no me ha rodeado, cuánta delicadeza! El coronel de Brancurt, Brigida y tú, sois los únicos que me haceis amar la vida.

—¿El señor de Brancurt, conserva aún alguna esperanza?

—¿Referente á mi hija?

—Sí.

—Trata de dármela... Pero para mí, como no sea por uno de esos milagros con los cuales no se puede contar, todo se ha acabado... estoy condenada... Y cuando pienso que ese Jaime Fugeret en la carta que tuvo la audacia de dirigirme hace algunos años, se atrevía á solicitar mi perdón y á hablarme de su infame amor...

El reloj dió las doce.

—¡Las doce!—dijo la señora de Chagny,—Ya es hora de separarnos.

—¿Dónde está tu marido?

—¿Crees de buena fé que me ocupo de él?

—Pero...

—Querida mía, el señor de Chagny y yo vivimos como dos camaradas, dos amigos, sin regañar, lo que nos es muy fácil, puesto que nos vemos muy pocas veces, exceptuando las horas de las comidas, en que felizmente mi tia se encuentra entre nosotros... Y aún muchas veces recibimos tarjetas, concebidas en estos

términos: «No me esperen... Estoy ocupado... Reunido Consejo de Administración... Dignáos dispensarme...» y otras zarandajas por el estilo, en las cuales ya comprenderás que no puedo creer. Así esta noche tiene una reunión muy importante para asuntos y negocios coloniales que tiene que arreglar en compañía de unos cuantos señores muy serios... Ya comprenderás que los negocios coloniales, sobre todo los suyos, son disculpas... A mí no me importa, puede hacer lo que guste, con tal que me deje á mí la administración de mi fortuna—á la cual, según el contrato matrimonial, él no puede tocar;—lo demás, poco me importa. En sus negocios, creo que él tiene suerte. Los hace muy buenos. Todos estamos contentos, y mi tia Eulalia, que es una mujer muy cuerda, me ha escogido el marido de mis sueños. ¿Y tú, no te casas?

—¡Oh! no.

—¡Es tan triste el vivir sola! Si siquiera tuvieras una tia.

—Tengo al conde de Brancurt. Es para mí casi un padre.

—Pero puede faltarte el mejor día. Tiene sesenta y cinco ó sesenta y seis años lo menos.

—No, cincuenta y ocho á lo sumo...

—¡Bah!

—Exactamente. Cuando le hirieron en Méjico y tuvo que retirarse, era el coronel más joven del ejército.

—Es verdad. Dónde tengo yo la cabeza. Me duermo de pie. ¡Es tan tarde!...

—No puedes imaginarte hasta qué punto me emociona el afecto de ese pobre hombre... A pesar de la muerte de su sobrino y de su

hermana, que no hubiera debido perdonarme, no hay atención ni cuidado que no me prodigue.

—¡Tiene razón! ¡Tú no eres culpable! ¡Eres una víctima! Y tan encantadora. No le compadezco por tener una amiga tan encantadora como tú... Vamos, que estoy hasta segura de que se enorgullece de ello. Eres tan bonita...

—¡Pero tan lúgubre!

La reina Hortensia se había levantado.

—Vamos—dijo, poniendo sus dos manos en los hombros de su amiga,—no hay que entristecerse. Valor.

—Se me acaba.

—Duerme y que sueños alegres te hagan olvidar las tristezas de la realidad. Adiós, Mag...

Mag era el nombre cariñoso que la señora Chagny daba á su amiga de colegio.

Se abrazaron como dos hermanas y se separaron.

La señora de Chagny montó en su coche, que la esperaba á la puerta; y al mismo tiempo que se dirigía hacia el Bosque de Bolonia, pensaba:

—Tiene razón la infortunada Magdalena... Diez y ocho años, la edad de los peligros... Pero la muchacha quizás haya muerto. Porque ¿cómo explicar de otro modo el silencio de las personas á las cuales ha sido confiada, á menos que no haya caído en las manos de algunos tunantes?

La reina Hortensia daba en el clavo. Se hubiera creído que presentía al señor Pilet Desbuttes con su hipócrita é indigna rapacidad.

Cuando se quedó sola, la señora de Arvil

cayó de rodillas al lado de su lecho, murmurando:

—¡Dios mío! ¡Dadme el único consuelo que os pido, ahora que he perdido todo: el honor, el amor y el reposo! ¡Dejadme ver, abrazar á mi hija!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

